

Año II San Salvador – Centro América – Marzo de 1947 No. 2

Dr. Ricardo Pattee.

que rehusa descargar un barco procedente de España, como protesta contra lo que él estima ser un régimen fascista. Hay también una tercera tendencia que podemos llamar comunistas por ausencia de definición. Roosevelt para sus enemigos era un comunista; Frankfurter, del Tribunal Supremo de la nación, es un comunista. Philip Murray, presidente de la C. I. O. para muchos es un comunista. Lo que sucede en este caso es que el término comunista se emplea con esa misma prodigalidad que distingue a los izquierdistas para acusar de fascismo a cualquier persona con quien no estén de acuerdo. Es la plaga de nuestra época en la que los que no comulgan

con nosotros en ideas políticas y sociales son automáticamente viles fascistas, reaccionarios, cavernarios o comunistas indecentes. Pecamos gravemente por no definir con precisión absoluta los términos que empleamos. Pecamos por abusar de palabras que deben tener un sentido exacto, como epíteto y denuedo. Las consecuencias de esta liberalidad semántica son grandes pues contribuimos así a confundir la posibilidad de llegar a un deslinde claro de las cuestiones que se debaten. Solamente la excesiva pobreza intelectual de nuestro tiempo y el relajamiento que hay en cuanto a nuestras normas intelectuales puede explicar este afán criminal de usar palabras sin respetar su significado.

Para mí un comunista es una cosa muy precisa. Es una persona que cree en la doctrina de Carlos Marx, que acepta los postulados universalmente preconizados por los partidos comunistas y que hace alarde de su convicción en cuanto a la organización social que debe prevalecer. No hay derecho a confundirse, pues el conocimiento de lo que predicán los comunistas está al alcance de cualquiera. Ya es hora

que dejemos una necedad tan supina como la de tildar al Sr. Roosevelt de comunista. Los errores —y fueron muchos y grandes— cometidos por el fenecido presidente de los Estados Unidos no son el fruto de ninguna postura comunista. El mismo puede haberse equivocado en cuanto a la Unión Soviética. Comprendemos hoy en día que Winston Churchill comprendió mejor y vió con más claridad el desenlace del tremendo drama de Europa. Pero Roosevelt predominó y tenemos actualmente a los rojos en el corazón de Europa. La voz de Churchill se levantó con bastante frecuencia para hacernos ver que su intuición de la cosa europea fué infinitamente mejor que la de su ilustre colega estadounidense. Pero eso no quiere decir que Roosevelt haya sido comunista ni que simpatizara en lo más mínimo con los preceptos de aquel sistema. Tampoco en su administración doméstica fué jamás dominado por semejantes ideas. La defensa del hombre medio, la protección del pequeño propietario fueron siempre un elemento importantísimo en el programa de gobierno impulsado por él.

El Comunismo en las Elecciones

El Partido Comunista en los Estados Unidos significa poca cosa en el sistema electoral nacional. Basta una ojeada en las estadísticas electorales para percatarse de ello. Tomemos algunos ejemplos. El Estado de Nueva York con la ciudad del mismo nombre tiene fama de ser centro y foco del comunismo en el país y en efecto, el izquierdismo estridente de Nueva York da la sensación a menudo de representar el sentimiento y opinión de la na-

ción entera. Por lo tanto, tomaremos primero, los resultados de algunas de las elecciones en la primera ciudad de los Estados Unidos.

En 1924 William Z. Foster, actual jefe del Partido Comunista norteamericano, fué candidato, a la presidencia de la nación, bajo el nombre de «Partido Obrero». Sacó en todo el estado de Nueva York, exactamente 8,228 votos. Cuatro años más tarde

volvió a postularse bajo el nombre abierto de comunista y sacó 10,884 votos. En 1932, en medio de la peor depresión que el país haya jamás sufrido Foster fué candidato por la tercera vez y llegó al número máximo aunque no extraordinario de 27,956 votos.

En 1936, Earl Browder, entonces jefe del partido y ahora caído en desgracia, sacó más de 35,000 votos. En Illinois, cuya ciudad de Chicago tiene una porción considerable de comunistas, Foster sacó unos 15,000 votos en 1932. Y estas cifras deben compararse con el voto total en estos estados. En Nueva York, en las elecciones de 1936, Roosevelt triunfó con cerca de 3,300,000 votos. En 1932 obtuvo él alrededor de 2,500,000 y su contrincante, Herbert Hoover, 1,900,000.

Quiere decir que el Partido Comunista como tal en los estados más poblados, en años de excepcional ventaja como 1932 apenas lograron unos miles contra los millones de votos dados a los candidatos de los partidos de importancia. En California, donde casi 3,400,000 ciudadanos dieron sus sufragios en las elecciones nacionales de 1940 a favor de Roosevelt o de Willkie, Earl Browder logró reunir 10,000 votos. En Connecticut, un estado altamente industrializado, entre cerca de 800,000 emitidos a favor de los candidatos principales, Browder consiguió algo más de mil. En otros estados como Massachusetts, Indiana, Iowa, Minnesota etc., los comunistas andan entre 250 y 2,000 votos —quiere decir una insignificancia tal que en muchos de los cuadros estadísticos, no se les menciona por su falta de importancia.

El comunismo, y lo mismo podemos decir del socialismo más moderado que ha surgido en el país bajo la inspira-

ción de Norman Thomas, ha sido siempre en los Estados Unidos un producto exótico y extranjero. Cuando el movimiento se inició en el siglo XIX no logró nunca adueñarse de lo medular del obrerismo norteamericano por la sencilla razón de que los propagandistas socialistas y más tarde comunistas hablaban un lenguaje que nada decía al obrero y campesino de los Estados Unidos.

Muchos de los jefes y dirigentes originalmente eran europeos, emigrados a los Estados Unidos. Su experiencia había sido Polonia, Lituania, Rusia o el antiguo Imperio austro-húngaro. Llegaron a los Estados Unidos para redimir al obrero americano y le hablaban el lenguaje ideológico del centro de Europa. Lo cierto es que el norteamericano nada entendía de aquella jerigonza proletaria. El obrero norteamericano no se consideraba siquiera como proletario. Pensaba en sí mismo como candidato a capitalista y hablar de la lucha de clases era provocar una carcajada.

El campesino americano, que vivía a menudo bajo condiciones de una agricultura medio mecanizada no se consideraba jamás como un «peasant» estilo la Ucrania, Latvia o Hungría. Sus condiciones de vida, las múltiples oportunidades que le esperaban y el optimismo tal vez exagerado en el Nuevo Mundo había transformado su proceso mental, hasta hacer muy difícil que la técnica y la táctica que en Europa resultaba, surtiese efecto en el nuevo medio. El comunismo, por lo tanto, nunca prendió entre esas masas, que lo miraban —si es que alguna vez lo miraban siquiera— como algo estrambótico que solamente servía para los arrabales de Nueva York.

El Comunismo Como Corriente de Opinión

Por supuesto, con todo lo dicho, no queremos dar a entender que el comunismo en los Estados Unidos hoy en día, es cosa muerta o de tan poca importancia que no debe tomarse en cuenta. El comunismo en Estados Unidos actualmente ha adquirido una importancia máxima debido a factores completamente ajenos a su origen. El triunfo de las armas soviéticas al lado de las demás naciones unidas y el creciente prestigio del Soviet en el mundo moderno ha ayudado más que ningún otro factor al crecimiento del comunismo.

Recientemente se publicó en los Estados Unidos un interesante folleto titulado «la infiltración comunista en los Estados Unidos». Esta publicación arroja muchísima luz sobre el estado actual del comunismo, los métodos que emplea y las maneras que existen para combatir su influencia. La segunda guerra mundial cambió radicalmente la situación, haciendo «respetable» al comunismo, si lo podemos expresar así. La crítica del comunismo menguó notablemente porque durante los años de la lucha contra el Eje, cualquier crítica demasiado severa del comunismo podía fácilmente convertirse en una crítica de la Unión Soviética, y vivíamos todos en aquel entonces en el paraíso falso de la «unión democrática», y la gran alianza contra el fascismo. Toda esa luna de miel ha terminado. Nadie hoy en día tiene derecho a ignorar la verdadera naturaleza del comunismo, disimulado bajo la democracia, libertades humanas y defensa de las fuerzas contrarias al resurgimiento del fascismo. Un mínimo de honradez intelectual exige que comprendamos que no es por odio al pueblo ruso, si-

no por odio al sistema que lo esclaviza que es perentorio que levantemos nuestra voz contra la política inicua de un gobierno que con palabras de paz y de concordia en los labios, siembra el terror, la injusticia y el ultraje a la dignidad humana en todas partes.

Este comunismo no merece más que indignada protesta, pues su presencia socava los fundamentos de nuestra sociedad. Y es muy importante reconocer que en un país tan poco dado a los aspavientos políticos como los Estados Unidos, el comunismo —nueva fase— ha hecho un progreso considerable. Esto no quiere decir que el comunismo como doctrina y organización se haya apoderado de grandes sectores de la vida nacional. No. Lo que significa es que la infiltración ha sido lenta pero progresiva, a base de una tergiversación de los hechos y un confusio-

nismo bien estudiado que aturde y atolondra, permitiendo el avance de aquellos intereses tras los cuales se escuda el comunismo.

Ningún ciudadano norteamericano a menos que no sea un perfecto cretino, se deja engañar por el propagandista que llega con la edición de Carlos Marx o Engels debajo del brazo. Esta fórmula pertenece a la etapa pueril de la propaganda marxista. Los mismos comunistas han aprendido demasiado bien que esa táctica no sirve sino para levantar oposición a su penetración. La técnica moderna es infinitamente más refinada, y depende de un uso cuidadosamente estudiado del léxico que suele emplear el hombre corriente, dándole un sentido diferente, confundiendo el alcance de las palabras y haciendo creer una realidad que no existe en absoluto.

Tácticas Comunistas

El estudio a que hicimos referencia hace poco, sobre el comunismo en Estados Unidos, comienza por un análisis de lo que es el comunismo; su relación con el poderío político e internacional de la Unión Soviética, y la acción del Comintern.

Luego se examina uno de los problemas más difíciles de solución para el lector corriente: ¿Por qué es que los hombres se vuelven comunistas? ¿Por qué en los Estados Unidos, personas que pertenecen a las llamadas clases medias o hasta privilegiadas, se hacen comunistas, fanatizándose hasta un extremo realmente increíble, y anteponiendo un poder extraño a todas las lealtades que les ligan a los Estados Unidos? Es indispensable comprender el proceso mental que conduce al comunismo.

En algunos casos, es indiscutiblemente un sustituto mundano para la religión. Es una forma pervertida de idealismo. Otros son rebeldes por naturaleza y el comunismo les ofrece una salida para sus emociones. Todavía otros pertenecientes a minorías en el país hallan en el comunismo un modo de desahogar sus quejas. Algunos intelectuales se han adherido al comunismo gracias a las relaciones risueñas que se han publicado acerca de la Unión Soviética.

Algún día será necesario hacer un estudio detenido de la inmensa literatura pro-soviética que ha salido en los últimos treinta años, tendiente toda a ofrecer un cuadro prometedor del maravilloso experimento que en Rusia se está llevando a cabo. Claro está que algunos de estos observadores predis-

puestos han salido otros Gide. Otros se han empeñado en su apreciación de la obra y progreso de la Unión Soviética en contra de todo el testimonio fehaciente acerca de la tiranía abominable que priva en aquella desgraciada tierra.

Intelectualmente esto ha servido para captar la simpatía y el apoyo de no pocos universitarios norteamericanos. Rusia se halla lejos; pocos la conocen. Su lengua no se encuentra difundida y es, por lo tanto, fácil levantar una inmensa leyenda acerca de lo que se ha realizado en la nueva sociedad igualitaria soviética, sin mayores temores a que gente capacitada desmienta estas versiones.

Hay otros motivos menos comprensibles. La terrible vanidad de los hombres debe influir para que tantos artistas de cinema, hombres de ciencia y literatos se presten para las manifestaciones comunistas que con monotonía regular se organizan en los Estados Unidos. Estas demostraciones de fuerza y de solidaridad no son abiertamente comunistas, pero son el ejemplo más elocuente de la táctica que se emplea a menudo de ocultar el propósito real detrás de una apariencia inocente y hasta ingenua. Así es que no pocos actores de Hollywood se prestan para pronunciar discursos políticos en reuniones que se dicen ser para defender la democracia contra quién sabe qué amenaza.

Mucho se ha escrito en los Estados Unidos sobre las organizaciones comunistas disfrazadas; agrupaciones que no aparentan tener otra finalidad que el bienestar humano o alguna obra bené-

fica más inmediata pero que sirven para la infiltración ingeniosa del comunismo. Esto se llama lisa y llanamente, la técnica de «frente». Dos cosas son particularmente interesantes. La organización conocida por American Youth for Democracy existe con el fin de atraer la juventud. Los nombres que figuran entre sus auspiciadores no son comunistas, pero los oficiales activos sí lo son.

Jamás esta organización llega a desviarse de la línea del partido. Sus asambleas se manejan con una maestría que solamente el comunismo puede presentar. El National Negro Congress ejerce una función análoga entre los negros. El observador menos sagaz y penetrante, al estudiar esta agrupación, cae en la cuenta de que su propósito es nada menos que influir entre los negros a favor del comunismo.

Una sociedad interesante de este punto de vista es el Independent Citizens Committee of the Arts, Sciences and Professions. Un número crecidísimo de los dirigentes de esta organización se han distinguido entre los más fervorosos partidarios de la Unión Soviética y defensores incansables de su causa en los Estados Unidos.

El Partido Comunista mismo, en su convención anual en Nueva York en 1945, no ocultó su orgullo por haber organizado esta asociación y haberla guiado desde su fundación. Los comunistas no solamente organizan agrupaciones en la forma indicada, sin que su intervención se note demasiado, sino que se infiltran perniciosamente en organizaciones respetables ya establecidas.

El Señor J. Edgar Hoover, jefe del Negociado de Investigación Federal,

dijo en un discurso en 1946 lo siguiente:

«El hecho de que el Partido Comunista en los Estados Unidos no llega siquiera a 100.000 miembros ha adormecido a muchos americanos. No estaría yo interesado si tuviéramos solamente 100.000 comunistas. Los comunistas mismos se jactan de que por cada miembro del partido, hay diez que hacen obra del partido. Estos incluyen los satélites, los simpatizadores y todos sus aliados liberaloides y se dicentes progresistas. Se han dejado maniobrar hasta tal punto que una minoría les maneja a su gusto y antojo».

El comunismo ha dedicado una atención preferente al obrerismo norteamericano y es en este sector donde se ve uno de los mejores ejemplos de su política de infiltración. El método antiguo de predicar la doctrina marxista al obrero sin tapujos y sin ocultar el alcance verdadero de la idea, se ha desechado como inútil y poco servible para los Estados Unidos. La propaganda hoy en día no es directamente comunista. Es una propaganda paciente y constante que va dirigida a otras causas. Así es que el comunismo puede organizar un desfile contra el consulado de Grecia, de la China, de España o el país que sea, por motivo de cualquier incidente que haya ocurrido. La experiencia comunista en materia de desfiles es enorme, por cierto, y saben emplear esta técnica con muy halagüeño éxito. Los comunistas poseen, aunque una minoría, una fuerza suficiente para crear la ilusión de poderío. Y a veces su táctica entorpece gravemente la política del país como fué el caso de la huelga en los

muelles en 1945, so pretexto de presionar para que el gobierno norteamericano retirase cuanto antes sus soldados en el exterior. Nadie leyó nunca que se hiciera ninguna manifestación para exigir que el gobierno soviético retirase sus tropas de ninguna parte del mundo. La diferencia para estos marxistas consiste en que la presencia de tropas americanas en China es evidencia de militarismo, esclavitud para el pueblo chino, y violación de los compromisos más solemnes. La presencia de fuerzas militares rusas en Korea, en Yugoslavia, en Bulgaria o en Hungría, evidencia simplemente el empeño democrático del benévolo gobierno del Kremlin. Con un criterio moral tan maravillosamente flexible, claro está que no es difícil ajustarse a no importa qué exigencia.

En general los comunistas han logrado infiltrarse más en la CIO (Congreso de Organizaciones Industriales) que en la Federación Americana del Trabajo. Los comunistas no han penetrado en todos los sindicatos, ni siquiera en muchos de ellos, pero en algunos, han logrado bastante fuerza. Así es el caso de los sindicatos de pintores, sindicatos de trabajadores de restaurantes y hoteles, y en los gremios que reúnen la gente que trabaja en la industria cinematográfica. La explicación es histórica. Cuando John L. Lewis (el hoy día temible jefe de los mineros de carbón) pertenecía a la CIO y propuso organizar los obreros en las industrias pesadas, utilizó muchos comunistas, por la experiencia y destreza que poseían como organizadores. Fué su intención deshacerse de ellos una vez logrado el propósito.

Muchos de estos elementos se quedaron, se atrincheraron más fuertemente. Los actuales dirigentes de la

CIO, especialmente Philip Murray, un católico práctico, están luchando a brazo partido, para expulsar de los gremios estos elementos indeseables. En la última convención de la CIO celebrada hace pocos meses, fué evidente que la influencia anti-comunista había crecido desmedidamente. La agresividad de los comunistas en los sindicatos locales es un fenómeno que explica el éxito que han tenido.

Sería prolijo indicar las formas específicas que han empleado los comunistas para penetrar en el trabajo organizado, en las agrupaciones de artesanos y aun entre los comerciantes. Un aspecto sumamente curioso es la prensa izquierdista en los Estados Unidos. Durante el apogeo del Nuevo Trato rooseveltiano, las revistas y periódicos izquierdistas gozaban de un prestigio poco menos que sacrosanto en los altas esferas del gobierno federal. El diario neoyorkino, PM, The Nation, The New Republic y otros fueron leídos como de inspiración semi-divina.

Todas estas revistas seguían con una fidelidad sospechosa la línea del partido, y todas sin excepción se mostraban violentamente rusófilas. Esta prensa dedicó mucha atención a los ataques más virulentos contra el Departamento de Estado de los Estados Unidos, acusando a muchos funcionarios de fascismo y totalitarismo. No pocos fueron obligados a renunciar debido a estos ataques públicos. Sus sucesores solían ser más comprensivos y comenzó entonces la desastrosa política iniciada en Yalta del apaciguamiento de la Unión Soviética, detenida solamente en los tiempos del Secretario Byrnes.

Lo que sucede es que en un país tan inmenso como los Estados Unidos

donde el ciudadano común y corriente es incapaz de comprender el alcance de toda la legislación que se propone o todas las medidas que surgen, una minoría vigorosamente organizada y sin escrúpulos, puede imponerse con asombrosa facilidad. El ruido que los izquierdistas hacen con sus reuniones en Madison Square Garden en Nueva York, dan la impresión de que el pueblo americano en masa está en pie de protesta.

En el terreno de la política extranjera, es perfectamente fácil observar cómo la presión izquierdista sobre la política exterior de los Estados Unidos, ha producido las consecuencias fatales que estamos presenciando hoy en día. Durante la guerra e inmediatamente después, el izquierdismo nacional presionaba con una vehemencia sin igual a favor de una paz dura con Alemania.

Quiere decir, que el propósito del comunismo en todas partes fué una paz dura para Alemania que pudiera ser el motivo de que la Alemania dominada por los aliados occidentales viera más y más hacia el Soviet. Los

izquierdistas gritaron a voz en cuello contra la política norteamericana para con el Presidente Perón, instándole más y más a una posición severísima.

El resultado ha sido un fracaso ruinoso; la pérdida de prestigio norteamericano en Hispano América y el resurgimiento de todas las viejas cantinelas de «imperialismo yanqui». En el caso de la China los izquierdistas y su prensa vociferante nos han llevado a la decisión fatal de retirar las tropas de ese país, dejándolo preso de los comunistas y, a la postre, de la Unión Soviética.

El peligro actual no es el comunismo, *fout pur*, sino el comunismo como instrumento de expansión soviética. Lo trágico es que millares de norteamericanos persisten en confundir el bienestar de su país, la felicidad de la humanidad y la restauración de un orden pacífico, como inextricablemente unidos a las fortunas de la Unión Soviética. Esta aberración no cabe en cabeza humana. Sin embargo, seríamos ciegos si no reconociéramos que esta es una de las amenazas más considerables de nuestro tiempo.

Ricardo Ballester

